

REVISTA CORDOBESA,

DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Se publica todos los Domingos.—Los precios son en CORDOBA 4 rs. al mes.—En PROVINCIAS 15 rs. el trimestre y 52 al año.—En el ESTRANGERO 18 y 62.—En ULTRAMAR 24 y 90.

La redaccion en casa de su director Sr. Conde de Torres-Cabrera.—Se suscribe en Córdoba casa del director económico Sr. D. Rafael Bastida, Plazuela de S. Juan n.º 22.—Fuera en las principales librerías

AFRICA.

Nuestro valiente ejército ha pisado los muros de Tetuan. Nuestros fieros caballos andaluces han espantado los ligeros corceles árabes de piernas de acero. Los orientales jardines han perdido sus azahares y sus flores. No importa: flores mas bellas nacerán con la sangre de los héroes.

Tetuan recostada en las vertientes del monte Nebron, era una hermosa esclava adormida en los brazos de su señor. Despierta y anda, el tirano ha muerto, y el progreso con su dorada copa lleva á tu seno los placeres del amor cristiano.

Qué elocuentes son las palabras de la historia!!! Cuantas brillantes páginas han escrito los siglos sobre las olas de ese agitado mar, sobre las piedras de esa escarpada orilla!!! Tú, civilizada Europa, emporio del siglo XIX, aprende en su sangrienta historia á cultivar el árbol de tu naciente libertad.

Esos tostados rostros de los hijos del Atlas que has vencido, recuerdan la existencia de mil generaciones: son los hijos de Roma y de Cartago, de Mahoma y Genserico, del Congo y de Bagdad. Esas tribus salvajes que hoy espanta la voz de tus cañones, esas feroces kabilas cuya frente abate la segur del despotismo, fueron un día los padres de las ciencias y del comercio, los señores de la tierra y los reyes de los mares. Ellos domaron los torrentes del Nilo y ellos unieron con un lazo de flores las riberas del Ganges y el Danubio: ellos alzaron templos y ciudades: ellos cantaron en sonoras cítaras sus glorias y sus amores; y cuando halagados por los sueños de una mentida independencia confundieron el uso con el abuso, la libertad con la licencia, el génio de la guerra tendió sus alas fratricidas, el cielo se cubrió de luto, se arrasaron sus quintas y palacios, y el despotismo holló las indefensas cabañas,

porque en Fez, en Marruecos, en Argei, en Túnez, en Tripoli, habian trocado por la antorcha civilizadora, la denegrida tea de la revolucion.

Hace pocos meses un amigo nuestro (1) dejando esos mismos lugares, hoy teatro de las glorias Españolas, escribia los siguientes renglones en su cartera de viage.

A Dios, huertas frondosas, bajo cuyas melancólicas y sombrías enramadas se ocultan tantos misterios de amor, y en que tan cortos, pero tan dulces ratos he tenido admirando el soberbio lujo de vuestra lozana vegetacion: A Dios, alegres azoteas, en que tan tranquilas noches he pasado contemplando los lucientes astros en ese puro y azulado firmamento. A Dios, sierras escarpadas, bajo cuyas enhiestas peñas encerrareis tantas riquezas, como animales raros y curiosas plantas sustentais en vuestra trastornada superficie. A Dios, virgenes campiñas, cuyos fértiles terrenos son apenas removidos por el rudo y tosco arado. Que unas y otras seais algun dia teatro de las nuevas y animadísimas escenas, y de los grandes prodigios que el espíritu agrícola é industrial del siglo hace presenciar cada dia en los mas civilizados paises!!»

Pues bien, esto se ha cumplido: la España al cruzar las olas del Estrecho no va solo á vengar la afrenta del Guadalete: va á devolver á el Africa el hálito civilizador que del Africa recibió la Europa.

Sea nuestra victoria la aurora de mejores triunfos; y esa comarca que alzó un dia al Portugal y á la Holanda sobre la monopolita Venecia, ofrezca hoy en sus arenas una eterna tumba á los estériles odios de todos nuestros partidos.

EL CONDE DE TORRES-CABRERA.

(1) D. Fernando Amor.—RECUERDOS DE UN VIAJE AL AFRICA

ODA 5.ª LIBRO 1.º DE HORACIO.

A PYRRA ENAMORADA.

¿Quién es el galán mancebo
Que de fragancias bañado
Goza tu amoroso lado,
Entre las flores y rosas,
Que se enlazan primorosas
Por tu lúbrico jardín?

Si en entrelazar te gozas
Su dorada cabellera,
Cuando procuras artera
Disimular artificios;
Ya verás los precipicios
Que te han de cercar al fin.

¡Qué inocente! vendrá un día,
Que su amor trocará en lloro,
Que sentirá con desdoro
La burla de tus traiciones,
Y al cielo sus maldiciones
Dirá contra un pecho infiel.

Buscará en el mar airado
Para su dolor consuelo,
Y solo de un triste cielo
Verá el desengaño crudo
Contemplando que no pudo
Tus astucias conocer.

Gózase en tu amor (ay triste!)
Cual de un singular tesoro,
Jurará que su decoro
Solo tu amor guardar sabe,
Pues en su intento no cabe
Tu torcido proceder.

Ay! desgraciados amantes,
Los que ignorando tu trato,
Cayeron con el recato
De tu fingida hermosura,
Que con brillante figura
Los supiste fascinar!

Del templo al muro sagrado
Colgaron ya sus vestidos,
Los que en naufragios perdidos,
Por ser te caros, se vieron,
Y que dedicara hicieron
Mi tabla al Dios de la mar.

M. R. CRESPO

FESTEJOS PÚBLICOS.

Inútil intento fuera que pretendiéramos describir el grato espectáculo que ha ofrecido nuestra capital durante los últimos festejos públicos. Embriagada de placer nuestra alma y llena aun de muda admiración y asombro, no nos es dado otra cosa que sentir; y los sentimientos como ya se ha dicho, se sienten, pero no se espresan. Córdoba entera se ha visto poseida de incomparable gozo y patriótico entusiasmo á la fausta nueva llegada á esta ciudad de la ocupación de Tetuan por nuestras valerosas tropas. No recordamos en tiempo alguno haber presenciado una explosión semejante de nobles sentimientos, de inefable júbilo y popular alegría, como la que ha tenido lugar entre todas las clases de este leal vecindario durante los memorables días que acaban de transcurrir. A impulsos de un mismo sentimiento comunicado instantáneamente á todos los corazones de los habitantes de nuestra capital, se vieron como por encanto engalanados sus balcones con vistosas colgaduras, diéronse al viento estrepitosos vivas á España, á la Reina, y á nuestro valiente ejército; las bandas de música hacían resonar los aires con sus marciales écos, recorriendo las calles de la ciudad, seguidas de una inmensa muchedumbre que frenética de entusiasmo revelaba en sus semblantes el gran contento y complacencia que rebosaba de sus corazones. El Círculo de la Amistad arrojó con profusión desde sus balcones, donde se ostentaban los gloriosos colores nacionales, gran porción de monedas á la apiñada multitud que se agolpaba á sus puertas, pudiendo á duras penas moderar sus trasportes de alegría. Sobradamente estenso habría de ser este pálido bosquejo, si hubiéramos de hacer especial mención de las mil y mil demostraciones de regocijo y alborozo, de abnegación y desprendimiento de que

en esta ocasion han hecho ostentoso alarde los habitantes de nuestra capital. Muchos de sus edificios se vieron por la noche espléndidamente iluminados, compitiendo entre sí por el buen gusto y acertada combinacion con que se hallaban distribuidas la multitud de luces y vasos de colores de sus elegantes fachadas, en algunas de las cuales observamos con gusto los retratos de S. M., bellos transparentes, estatuas alegóricas y versos alusivos á la toma de Tetuan.

Al llegar aqui no podemos escusarnos de decir cuatro palabras sobre algunas de las vistosas iluminaciones que han decorado nuestra Ciudad en estas tres noches de júbilo.

Un crecido número de elegantes lámparas solares sobre una colgadura carmesí adornaba la estensa fachada del Ayuntamiento.

El Círculo de la Amistad, centro constante de una animadísima concurrencia, ha estrenado otra vistosísima colgadura que revela el buen gusto de los SS. Melendezy Contreras, iluminando toda la fachada con hachas de cera.

El Cuartel de la Guardia Civil y el Colegio de la Asuncion, ostentaban an sus fachadas infinidad de luces. En la primera estaban colocados los retratos de la Reina y su esposo.

La Redaccion del *Diario*, apesar de que circunstancias especiales le impidieron realizar el pensamiento que se proponia, improvisó una bonita perspectiva. En ella se veian las armas de España colocadas en el centro de un vistoso grupo de banderas, y un transparente, en el cual se leia *El Diario de Córdoba al Ejército de Africa*.

La *Crónica* ha presentado una iluminacion de transparentes con banderas y velas de esperma; en el óbalo que la coronaba se leia: *La Crónica al Ejército expedicionario*: á los lados se destacaban dos estatuas, representando la *España* y la *Abundancia*, y por bajo se leia: *Sobre los muros de Tetuan ya bri-*

lla el pendon siempre invicto de Castilla. ¡Viva el Ejército! Y en los centros de ocho coronas los nombres de *O'Donnell, Prim, Rios, Echagüe, Ros de Olano, Zabala, Gasset y Garcia*; además, flotaban muchas banderas y cuatro bombas transparentes.

En la redaccion de la *Alborada*, establecida en casa de su director el Sr. Baron de Fuente de Quinto, habia una bellísima iluminacion en la fachada que dá al jardin de la misma, combinada con la interior del mismo jardin y el adorno de su invernadero. Multitud de vasos de colores se combinaban con otras luces y coronaban la iluminacion varios grupos de banderas nacionales. En el centro de ella habia un transparente con el nombre del periódico y á los lados los siguientes versos:

Los muros de Tetuan
En polvo humilde trocaron
Los que de España marcharon
A vencer á el Alcorán.
Acate la hispana gloria
Esa rifeña canalla,
Viendo que cada batalla
Nos produce una victoria.

Formaba una preciosa perspectiva una columna que ocupaba el centro del jardin con vasos de colores en línea espiral y coronada por una lámpara solar.

En casa del Sr. Conde de Torres-Cabrera vimos tres arcos formados por una doble fila de luces, cuyas columnas estaban adornadas de banderas recogidas con guirnaldas de laurel.

En el arco del centro se destacaba un transparente con el lema de *¡Viva España!!* por bajo del cual flotaban ocho banderas moras abatidas, y el nombre del general en gefe en el centro de una corona de laurel y cintas de los colores nacionales. En los arcos laterales se veian sobre un fondo blanco y entre profusion de luces dos trofeos de distintas armas, gumias, lanzas, espingardas, &c. &c. los macizos estaban ocupados por los

nombres de los demás generales entre guirnaldas de laurel y grupos de banderas españolas. A los lados de estos arcos se elevaban dos esbeltas pirámides iluminadas, en cuya cúspide lucían dos estrellas, y en cuyo centro se leían estas dos fechas 1492-1860, la una recordando la toma de Granada por Isabel I, y la otra la de Tetuan por Isabel II. En el centro y sobre el primer arco ondeaba la bandera española con castillos y leones.

Delante y á cierta distancia corría una balaustrada de hachones, en la que se elevaban dos figuras de tamaño natural sosteniendo dos candelabros.

El martes en la noche, á invitación de los socios del Círculo de la Amistad, que en esta ocasión como en tantas otras han dado una relevante prueba de su esquisita galantería y noble comportamiento, concurrieron á sus espaciosos salones las dignas autoridades de la capital, escepto el señor gobernador civil, á el que tristes circunstancias de familia impidieron su asistencia, la oficialidad de la tropa existente en Córdoba, los redactores de los periódicos, y otras muchas personas de la población, donde les fué servido un elegante buffet, observándose en todos los concurrentes grande animación y un indecible entusiasmo. Leyéronse numerosas composiciones poéticas referentes al grandioso suceso que ocasionaba tan alegre reunión por los señores García Lovera (D. Ignacio) Barón de Fuente Quinto, Fernández Ruano, Martel (D. Teodoro) conde de Torres-Cabrera, Melendez, Alcalde, Tirado, González Ruano, Ramírez de Arrellano (D. Teodomiro) y otra porción de señores que no recordamos, brindándose repetidas veces por España, la Reina, y nuestro bizarro ejército en medio de los mas nutridos vivas y ardientes aclamaciones.

No creyendo bastante á solemnizar tan fausto acontecimiento semejante manifestación de inmenso júbilo y alborozo, se abrió una suscripción

en el referido Círculo de la Amistad, con objeto de allegar los fondos necesarios para dar un abundante rancho á la elase de tropa del batallón provincial de esta ciudad, lo que tuvo lugar el jueves á las cuatro de la tarde en el paseo de S. Martín á presencia de una extraordinaria concurrencia y mientras las bandas de música dejaban oír sus armoniosos ecos, tocando himnos guerreros y patrióticos, una muchedumbre inmensa obstruía todas las avenidas del paseo y poblaba todos los balcones, participando de la comun alegría y ansiedad de saludar con sus bravos y entusiastas aclamaciones á los bizarros y apuestos soldados del provincial de Córdoba. Justo es que consignemos aquí que el señor Rodríguez Módenes, con un desprendimiento digno de ser imitado y que le honra sobremanera, regaló mil cuartillos de buen vino para la referida tropa. Llegada ya la noche concurrió su oficialidad á los salones del Círculo, donde para complemento de agasajo y de tan alegre fiesta, se le tenía ya preparada una ponchada, en cuya reunión, así como en las anteriores, reinó la mayor animación, no escaseando tampoco los brindis, y la lectura de bellísimos é inspirados versos.

Por último el miércoles á las diez de la mañana se cantó un solemne Te-Deum en la iglesia catedral, al que asistieron todas las autoridades, la oficialidad, los empleados y otras muchas personas notables.

Córdoba, pues, comprendiendo toda la importancia del gran acontecimiento que llena hoy de gozo todos los corazones españoles ha sabido solemnizarlo dignamente y como cumplía hacerlo á un pueblo de tan gloriosas tradiciones y de tan esclarecida historia.

A. JOVER Y SANS.



Á LA NOCHE.

¿Dónde están, donde ¡oh noche! tus lúgubres
(crespones?)
¿Dó tus sombras tétricas, que al alma dan pavor?
¿Dónde tu negro manto, tus horribidas visiones?
¿En dónde tus misterios, abortos del terror?

La luna rielando con calma traquila,
Las claras estrellas vertiendo fulgor
Deleitan y encantan la avara pupila,
Que ansiosa contempla tan vivo esplendor.

Al derramar ¡oh noche silenciosa!
Tus leves sombras bajo el cielo azul,
Parece que se estiende vagarosa
Risueña gasa de esplendente tul.

Música vaga, triste armonía,
Ecos suaves, blando gemir,
Siente estasiada la fantasía,
De tus estrellas al relucir.

Dulces horas en que el alma
En blanda paz y sosiego
Eleva ferviente ruego
De los mundos al creador.

O se ensancha y se dilata,
Recoge su pensamiento
Y la embarga el sentimiento
Poderoso del amor.

¡Ay! mil encantos, noche,
Habitan en tu espacio,
Y globos de topacio,
De plata y de zafir,
Resvalan esplendentes,
Su luz reberverando,
De prisa caminando
Al último confín.

¡Oh! cuantos placeres
De amor halagüeños,
Tranquilos, risueños
Encuentro yo en ti;
Bendita seas, noche,
Benditas tus nieblas
Tus leves tinieblas
Tu triste gemir.

Y sean benditas
Tus pardas aves,
Que tan suaves
Volando van.
Y sea bendito
Su triste canto,
Su amargo llanto,
Su vano afán.

Adios, noche,
Dulce amiga;
Tu enemiga
Luz del Sol
Ya el oriente
Bello dora,
Y colora
De arrebol.

Y el velo
Tan feble
Ligero,
Que forman
Los cielos
Cual gasa
Rizada
De tul,
De blanca
Neblina
Surcado.
De estrellas
Sembrado,
Bañado
De luz.
Forma
Lento
Tenues
Leves
Pliagues...
Léjos
Va.
Tardos
Pasos,
Blandos
Tumbos
Dando
Ya.

T. DE ROJAS.

ESCRITORES CRISTIANOS DE CORDOBA

durante la dominacion Musulmana.

Ni los horrores con que la férrea mano del despotismo descargada por el fanatismo de los sectarios de Mahoma sobre las llanuras de la Bética, cubrió sus fértiles comarcas; ni el desaliento, desfallecimiento y miseria, tristes pero inevitables consecuencias de la condicion de esclavitud á que se vió reducida la vencida raza gótica, lograron apagar en la culta Colonia Patria la antorcha del saber, que brilló en ella desde los primeros dias del Cristianismo. La iglesia Cordobesa, de cuyo fecundo seno habia salido el celeberrimo Obispo Osio, «el mas ilustre entre los de su tiempo, santo por su nombre y por su género de vida, respetable y digno de las mayores honras y veneraciones,» que estos y otros honoríficos títulos dan al insigne Prelado, presidente del Concilio Sardicense, Sócrates, Eusebio y los

demás escritores eclesiásticos de aquella era, la iglesia Cordobesa, digna heredera de las virtudes y ciencia de aquel esclarecido Varon, siguió, animada de ardiente fé y constancia, cultivando el estudio de las sagradas letras, y dando pruebas, no menos con la pluma que con la ilustre sangre de sus mártires, de la bondad de la causa que sustentaba. Dignos por lo tanto son de la veneracion y respeto de la generacion actual aquellos doctos escritores, que conservaron incólume el depósito de la fé y de la ciencia al través de tiempos tan calamitosos, por lo cual vamos á dedicar algunas líneas á sacar del olvido en que hoy yacen sus nombres respetables.

Merece ser mencionado en primer lugar por el ardor con que se dedicó á la enseñanza, el Abad *Spera in Deo*, sugeto elocuentísimo y luz grande de la iglesia en aquellos tiempos, como le llama su discípulo San Eulogio en el libro primero del *Memorial de los Mártires*. Ignoramos la iglesia en que presidiese, porque no lo dicen los escritores contemporáneos, pero todos convienen en que enseñaba públicamente á muchos discípulos, entre los cuales sobresalieron San Eulogio y Alvaro Paulo, y que era tan docto en las divinas letras y tan singular en la elocuencia, que por ella adquirió fama en toda España. No menos apreciables debieron ser sus escritos *Adversus Coranmus sive Sarracenorum legem*, y otros, que no mencionamos, porque ninguno de ellos existe en el dia, escepto una carta que escribió á Alvaro, la cual publica el P. F. Enrique Florez en el tomo 11 de la *España Sagrada*.

El Bienaventurado mártir *Eulogio* fué hijo de una noble familia senatorial de Córdoba, y adquirió bajo la direccion del Abad *Spera in Deo* tan profunda erudicion y un saber tan superior á el de todos sus contemporáneos, que era llamado el Doctor de los Maestros. Se ocupó en el ministerio de la Iglesia, sirviendo en la de San Zoilo, en cuyo colegio vivió como clérigo, dedicado enteramente al estudio

de las sagradas letras, y á la práctica de las virtudes cristianas. Su ardiente deseo de adquirir conocimientos le llevó á visitar los monasterios de Castilla, Navarra y Francia, y á su vuelta dió á conocer en doctos escritos el aprovechamiento con que habia viajado. Por muerte de Uvistremiro, Arzobispo de Toledo, reunidos los Obispos sufragáneos nombráronle unánimemente por sucesor de aquel Prelado; pero la Providencia, que le tenia reservado para mas alta corona, le impidió tomar posesion de aquel cargo. Preso en Córdoba durante la persecucion que suscitó el rey Mohamad á los cristianos, permaneció tan sereno entre cadenas, que compuso en la cárcel el libro titulado *Documentum Martyriale* para las santas vírgenes Flora y María, que tambien estaban presas por la fé de Cristo, y por último, coronó con el martirio una vida inmaculada, habiendo sido degollado el 11 de Marzo del año 859. Sus obras recogidas y ordenadas por el diligentísimo cronista Cordobés Ambrosio de Morales, se imprimieron con el título de *Divi Eulogii Cordubensis, Martyris, Doctoris et electi Archiepiscopi Tole-tani ópera, studio et diligentia, etc., Com-puti 1574*.

Escribió la vida y martirio del Santo Eulogio su condiscípulo y amigo *Flavio-Aurelio-Alvaro-Paulo*, el cual pertenecia por su cuna á la mas alta nobleza de Córdoba, como lo indica el llamarle Serenidad y Serenisima, tanto San Eulogio como *Spera in Deo* y Juan Hispalense, en varias cartas que le dirigieron, tratandole siempre con la mayor reverencia. Fruto de la laboriosidad y aplicacion de este docto caballero, fueron diferentes obras en prosa y verso, que se conserbavan en un códice m. s. de carácter gótico en la librería de la Catedral de Córdoba, donde es probable hayan servido de pasto á las polillas, segun el estado de incuria y abandono en que no hace muchos años se encontraba. De allí las copiaron el diligente Ambrosio de Morales y el Agustino F. Enrique Florez, que las dieron á conocer al público. Las mas importantes son,

á mas de la vida de San Eulogio, el *Judiculus luminosus* (*Guia que da luz*) que es una defensa de los mártires de su tiempo, contra algunos Cristianos que no los tenían por tales, y el *Liber Seintillanum* (*De las Centellas*) coleccion de Sentencias, unas originales y otras sacadas de las escrituras y Santos Padres, entre las cuales recordamos las siguientes, que tomamos del capítulo 53 de dicha obra. «Christus non in corpore, sed in animæ pulcritudine delectatur. «Sapiens vir mulierem respuit gratiosam, «stullus autem concupiscet eam.»

El ya citado cronista Morales nos dá igualmente noticia del Abad *Sanson*, rector de la Iglesia de San Zoilo, mártir de Córdoba, hombre insigne en saber la filosofía natural y sagradas escrituras, el cual fué perseguido por el herege Obispo de Málaga Hortigerio y el Conde de Córdoba Servando, porque combatía los errores de los *Antropomorphistas*, que aquellos habian abrazado, negando la verdadera humanidad de nuestro Redentor Jesu-Cristo. No pudiendo los hereges atraer el digno Abad á su partido, consiguieron el año de 862 que el rey Mahomad lo desterrase á Martos, donde falleció el de 890. Durante su destierro escribió el libro llamado *Apologético*, en que defendiendo su conducta, demuestra con textos de la Sagrada Escritura y autoridades de los Santos Padres, los errores del obispo cresiarca: publicólo por primera vez el Padre Florez en el t. 11 de la *España Sagrada*.

Tambien ménsiona á el Presbítero *Leovigildo*, hijo de Ausefredo, de linage ilustre entre los godos, el cual escribió un libro acerca del trage de los clérigos, que se guarda m. s. en la biblioteca del real monasterio de S. Lorenzo del Escorial. A el Arcipreste *Cipriano*, docto poeta latino, del cual publicó nueve composiciones el Padre Florez en el tomo antes citado; y por último al Presbítero *Raquel*, autor de la relacion del martirio del niño San Pelagio, la cual se escribió con tanta aceptación, que habiéndose extendido por toda Europa, llegó á manos de la monja alemana *Rosvitha*, célebre poetisa, que

se valió de ella siguiendola casi literalmente para la composicion de supoema latinosobre el martirio de aquel Santo, dado á luz en Nuremberg el año de 1504.

Pudieramos alargar esta noticia con los nombres del Arcediano Saturnino, Adolfo y otros menos conocidos; pero lo omitimos, tanto porque ninguno de sus escritos ha llegado hasta nosotros, como porque con los ya mencionados basta para probar, como nos propusimos, que no fueron los tormentos de la servidumbre y el martirio suficientes á extinguir en los pechos de los cristianos Cordobeses, que gemian bajo el yugo de los Mahometanos, ni la fé que heredaron de sus mayores, ni la constancia para defenderla, ni el ansia de saber, que en todos tiempos fueron patrimonio de los hijos de este suelo privilegiado.

CARLOS RAMIREZ DE ARELLANO.

LA ADVERSIDAD.

Todo en la tierra criminal conspira
A oprimir la virtud hija del cielo,
Que escarnecida y vaga andar se mira
Sin asilo encontrar.

Y ella aunque por do quiera contrastada,
Imperturbable, y firme y magestosa,
De esplendor su cabeza coronada.

Al cielo se ve alzar

Y crece y cobra fuerza y energía
Cuando de adversa suerte la combate
El fiero azote con tenaz porfia,
Con encono mortal.

Cual arbusto que en suelo peñascoso,
Ingrato, estéril, sus frondosas ramas
Levanta, aunque agitadas del furioso
Y ronco vendabal.

Oh si viniendo el rápido torrente,
De la comarca asolacion, se inclina,
De los aljofares ornada alza su frente
Mas lozana despues.

Y superior á todos los mortales
El suelo mora semejante á aquellos
Que girar las esferas celestiales
Ven debajo sus pies.

El rencor y la saña turbulenta
Del inconstante vulgo, y del tirano,
El ceño que á los pueblos amedrenta
Ve con serenidad.

Así cuando levanta el austro fiero
Las olas del Océano, en contrastarlas
El delfín se complace, que ligero
Juega en la tempestad.

Madre severa de virtud cendrada
Eres, desgracia, sí: su clara lumbre
Sin tu contrario soplo amortiguada
Se vé débil lucir.

A la fama así tu, Cusio, nacistes
En el regazo de la escasa suerte,
Y tú, duro Camilo, tú que hiciste
Al galo sucumbir,

No de felice suerte los halagos
El noble ingenio y la virtud exaltan,
Son de adversa fortuna los estragos
Quien los sabe elevar....

.....
Cual en estadio al fin de la carrera
Inclito premio del afán glorioso
Se ciñe la corona placentera
El que la mereció.

Y de la fama al templo, en cuya grada
Marmórea está sentado, el infortunio
Con adusto semblante abre la entrada
Al héroe que venció.

L. M. R. C.

EL SIGLO DE ORO

Y LOS SIGLOS DEL ORO.

Vamos á acometer una empresa atrevida; á defender al siglo XIX, aun á riesgo de que se nos llame abogado de causas perdidas.

Así como así tenemos en nuestro abono tres *autoridades*, que sin ser académicos ni gobernadores civiles, hacen fé en las materias que trataron.

«Audaces fortuna juvat» decia uno.

«Audendum est. Fortes adjuvat ipsa Venus» clamaba otro, amigo del primero por mas señas.

«Audacia! audacia y siempre audacia!» rugia un tercero, que en nada se parecia á los anteriores.

Y ¡manos á la obra! decimos nosotros... El siglo XIX nos vivirá eternamente agradecido; porque el pobre debe estar *quemado* de oirse motejar á cada paso de siglo positivista, siglo materialista, adorador del oro, idólatra del *Becerro*, siglo que se compra, siglo que se cambia, siglo que se vende!...

Eh! eh! señores míos, que tanto rigor no es justo, ni razonable, ni humano. Por fortuna los venideros no serán tan *simples* que crean hemos vivido en el peor de los siglos... No faltará alguno que al leer una de las citadas diatribas se haga á sí mismo esta pregunta: ¿para qué queria el oro el siglo diez y nueve? Y se responderá seguramente: para lo mismo que el nuestro y que todos... ¿Y los anteriores siglos?... Veámoslo.

Y sin necesidad de abrir la Biblia, porque desde luego recordará que la célebre imágen del *Becerro de oro* no es de este siglo, y sin necesidad tampoco de ojear muchos libros, porque unos pocos que por precision habrá leído le suministrarán ámplia cosecha de ejemplos, echará á volar su memoria y queremos suponer que se le ocurre la significativa historia de Dánae y que aludiendo á ella dijo un poeta latino: «El oro y los regalos triunfan de las afecciones legítimas; una lluvia de oro compra los favores de la doncella.»

Natural es que recuerde entonces la manera muy clara y muy prosáica con que explica Lactacio la poética fábula.

«Queriendo Júpiter ser favorecido por Dánae la arrojó en el seno muchas monedas de oro que fueron el precio de su deshonra. Mas los poetas, que hablaban de Júpiter como de un Dios, para no desautorizar á aquella pretendida majestad, fingieron que el mismo Jove habia descendido en forma de lluvia de oro, valiéndose al decir esto de la misma figura que emplean para llamar lluvia de hierro á una multitud de dardos y de flechas.»

Semejante aventura acaso le hará meditar en que no debia reinar ya sobre la tierra aquel nunca bien ponderado *siglo de oro* (que debió de morir soltero, pues no ha dejado descendencia) y nada de particular tendria que hiciese estas reflexiones: Siglo de oro, dichoso siglo que no conociste tu apellido, eras de este mundo?

Ou les plus belles choses ont le pire destin, y viviste lo que viven las rosas, l'espace d'un matin.

Pero si no conociste el oro, ¡oh siglo!

¿porqué te llaman *siglo de oro*? añadirá recordando á Byron.

¿Acaso por la misma razon que han apellidado Pacífico al mas tempestuoso de los mares, segun he leído no sé donde?

¿Es decir que han cometido *contra ti* esa figura retórica, que consiste, como dicen los diccionarios, en llamar pelon al que no tiene pelo?

Llévese el diablo la tal figura retórica! Entonces si nosotros estuviésemos á su lado y nos consultára sus dudas, le contestaríamos:—No, querido nieto, (porque bien pudiera serlo) no es eso. Considera desde luego que los que en aquella época vivieron no pusieron nombre á su siglo, y que esa denominacion está indicando que solo se dió cuando llegó á conocerse la diferencia de un tiempo al otro... y ahí tienes una prueba mas de lo estimado que ha sido siempre el oro. Los que inventaron aquel epíteto y los posteriores, procediendo lógicamente, al mejor siglo le aplicaron el nombre de lo mejor que conocian en el mundo, y en vez de llamarle siglo de la paz, de la inocencia ó de la felicidad, lo llamaron siglo de oro, cuando cabalmente, y como has dicho muy bien, una de las mejores, si no la mejor de sus cualidades, fué la de no conocer el *vil metal*.

Y despues de estas palabras, pronunciadas en el tono y con la autoridad que puede y debe un abuelo, dejaríamos á nuestro nieto que siguiese discurrendo á su placer, y estamos seguros que esclamaría: Hermoso siglo, adios!... A contar desde tu sucesor los restantes siglos los llamaré *siglos del oro*, si no mienten los poetas y escritores de costumbres, y si algo valen sus sempiternas declamaciones contra la aficion que al *color amarillo* tenian los siglos en que escribieron... aunque si bien se mira, no es tanta la culpa de los que lo buscan con afan, como la de los que han hecho que pase en autoridad de cosa juzgada la *grave autoridad de la moneda*.

Al llegar aqui nuestro nieto deja caer con desaliento la cabeza sobre la palma de la mano y dos minutos despues quédase profundamente dormido sobre el periódico que maquinalmente leia... Pero, como sucede con frecuencia, continúa en un ensueño la revista que despierto comenzára.

Hállase delante de una gran ciudad, en una estensa llanura, en la que se alzan innumerables tiendas y muévense gentes innumerables, y desde la cual se divi-

sa el mar azul y diáfano como un espejo, salpicado de islas sin cuento, como si fueran otros tantos delfines que sacasen sus cabezas para asistir al grande espectáculo de que era teatro la cercana orilla. El ruido de los carros y de los caballos, el sonar de las armas y de los instrumentos impiden por el pronto que los deslumbrados ojos de nuestro nieto y su imaginacion sorprendida puedan darle cuenta del lugar en que se encuentra, pero solo por breves instantes. Entusiasmado reconoce al fin que se halla en la costa del mar Egeo y delante de los soberbios muros de Ilión.

Pasan entonces rápidamente ante sus ojos todas las escenas del poema gigantesco; apasionase por los griegos y diviniza á Hector, el verdadero héroe de la Iliada, el de la grande alma, y mezcla sus lágrimas con las de Hécuba y el viejo Priamo por la muerte del campeón generoso que ya exánime es todavia objeto de los ultrajes del divino Aquiles y de los otros griegos. Indignale tanta ferocidad ó tanta cobardía y no se toma gran interés por los juegos fúnebres celebrados en honor de Patroclo. No encuentra maldita la gracia en la caída de Ayas disputando el premio de la carrera con Ulises, y menos en el aspecto de aquel al levantarse cubierto de fango y de otras materias mas inmundas, cosa que sin embargo, parecia á los griegos tan chistosa; y tampoco se sonrie como Antiloco cuando este esclama:

Tambien hoy quieren los inmortales honrar los años; porque Ayas es casi de mi edad y el vencedor pertenece á la primera generacion de los primeros hombres...

Sábe, empero, que goza de una vejez florida, y á no ser Aquiles, ninguno de los Argivos podria competir con él en ligereza.

El valeroso hijo de Peleo, que se oye glorificar de esta suerte, contesta:—*No en vano, oh Antiloco, habrás cantado mis alabanzas... Quiero añadir medio talento de oro al premio que te pertenece.*

Y el hijo de Nestor acepta lleno de júbilo. Todo esto, sin embargo, no causa estrañeza á nuestro nieto, porque ha tenido tiempo de irse acostumbrando, aunque con disgusto, á ver el papel que desde el principio juegan en la gran tragedia el oro y las dádivas.

Múdase la decoracion y... ¿no perdonareis, amables lectoras, *une charmante espiéglerie* á nuestro nieto?... Considerad que

tiene veinte años, que es amante de lo bello y por consecuencia de las bellas, y que una de estas, Lais, puso tan fabuloso precio á sus favores que dió origen al proverbio »No á todos es dado ir á Corinto» *or ben*, ¿qué extraño es que antes de abandonar el pais mas bello del mundo haya querido el nietecito visitar, en sueños por supuesto, la graciosa ciudad, astro de la Grecia, como la llamaba Ciceron?

Nuestro descendiente se vé trasportado como por ensalmo á la ciudad eterna. Perdido entre la apiñada multitud que llena el Foro Romano, todos los ojos fijos en la tribuna de los Rostros, oye una voz armoniosa que sabe tomar todos los tonos, pero que generalmente tronará indignada, y aquella voz que sale de los labios de Marco Tulio descubriendo y acusando los manejos de un concusionario, hará llegar hasta él estas palabras con que interpretaba las ideas y los sentimientos de Verres: »No ha nada por santo que sea que no se pueda violar, nada tan defendido ó fortificado que no pueda conquistarse con el dinero.» Y al paso que deplora tanta corrupcion no podrá menos de sonreirse al oír la palabra *pecunia* empleada por el orador.

Aficiónase el nieto á la ciudad; presente la inmediata aparicion del gran siglo del siglo de oro de la literatura, y en vez de soñar que es dictador, consul ó rey, tiene el buen gusto de creerse aquel gaditano que hizo un viage á Roma con el solo objeto de conocer al magnífico historiador paduano. Quédase pues en Roma, y un dia, en tanto que mira embobado una de las tiendas de la Via Sacra, llámanle la atencion unas palabras junto á él pronunciadas por un elegante caballero romano y dirigidas á otro ciudadano de apostura poco distinguida.

—Carísimo, decia el primero con un *dandyme superbe*, como diria Mery,—no tengo un sextercio; *mi bolsa cria telarañas*.

—Por Juno Moneta! estais fresco... Ya sabeis qué ideas dominan á los *Romanos rerum dominos gentemque togatam*. «Nunca se posee bastante, todo es poco; porque no se vale sino en razon de lo que se tiene.» Por fortuna nuestra, vos valeis mucho sin necesidad de ser rico...

—Ah! si tubiese siquiera la mitad de los *números áureos* de ese bribon de Staberio! ya sabeis...

—Vaya si lo sé... Y tampoco ignoro

que ha dispuesto al morir se grave sobre su tumba la cantidad á que ascendian sus riquezas; cosa muy natural, puesto que toda su vida consideró el ser pobre como el mayor de los vicios, de tal suerte que si hubiese muerto la cuarta parte menos rico, habria creído que valia una cuarta parte menos.

Por qué virtud, honor, fama, el cielo y la tierra, todo obedece al oro. El que amontone riquezas será ilustre, valiente, justo y sábio y rey, todo cuanto quiera. Staberio se figuró que su fortuna, como si fuese la medida y el resultado de sus méritos, le valdria grandes elogios...

Nuestro nieto que por no llamar la atencion de los interlocutores no ha querido volverse, echa sin embargo una mirada á hurtadillas á tiempo que se aproximan otros dos ó tres *trossuli* ó *petits maitres* muy rizados y perfumados que, tambien toman parte en la conversacion.

—Justamente hablábamos de lo mismo dice uno; estaba diciendo á este querido Abbio «que los dones ganan á los hombres y á los dioses y que el mismo Jupiter se aplaca á la vista de las dádivas.»

—Ah! «en este siglo de hierro no se glorifica, no se ama á Venus, sino la rapiña, ella que es no obstante causa de tantos males. Veo que los ricos son los que agradan á las bellas»...

—Segun eso, la graciosa Delia te ha hecho un nuevo pedido de telas de púrpura y de seda ó quiere una litera con sus correspondientes esclavos capadocios?...

—Oh! necesito, aun á costa del crimen ser rico para no gemir mas delante de una puerta siempre para mi cerrada...

—A qué no obligas á los hombres, *auri sacrafames*? Perdóneme mi amado Virgilio si en su ausencia me apropio sus palabras.

—A propósito, dijo otro de los nuevos interlocutores, ya sabeis que la pasion de las riquezas ha sido la causa de la muerte del desgraciado Petus, «ese jóven mas apto para sostener en la mano la caña de Gnido ó para reposar su cabeza sobre la pintada pluma, que para correr los peligros de los mares...» Pero mirad, mirad aquella matrona que lleva encima el patrimonio de sus nietos; vedla ostentar á nuestra vista sus despojos y su oprobio... No hay ya pudor para pedir ni para dar, y si se presenta alguna resistencia, con el oro se la vence...» Asi se ven abandonados y desiertos los templos en los sagrados bosques y menospre-

ciada la piedad; solo el oro encuentra adoradores: el oro ha desterrado la buena fé, con oro se compra la justicia, la ley se vá en pos del oro y sin ley no hay pudor... Oh! plegue á los Dioses que salga vano mi pronóstico; pero me parece que la soberbia Roma sucumbe bajo el peso de sus riquezas!... Razon teneis, amigo mio, añadió, en el dia se pone precio á los Dioses y á Júpiter se le compra con oro.»

Nuestro nieto los vé alejarse y se dispone á hacer otro tanto despues de cambiar estas frases con un ciudadano:

—¿Quereis decirme quienes son esos jóvenes que aqui hablaban hace un momento?

—¿Segun eso no sois Romano?

—No, por desgracia; soy un *hospes*, un bárbaro, si asi os place.

—Pues son Valerio, Catulo, Horacio Flaco, Publio Ovidio, Albio Tibulo y Aurelio Propercio.

Conociendo que nada tiene ya que hacer en Roma, abandónala nuestro nieto doliéndose amargamente de que la ciudad de Augusto tan brillante sea al mismo tiempo tan corrompida. Emprende la vuelta á su pátria, y para entretener lo largo y penoso del camino, va acordándose y se rie de todo corazon, soñando que ha despertado, de algunos anacronismos é inesactitudes en que su imaginacion ha incurrido, si bien son en su sentir *peccata minuta*.

Pero cuando mas descuidado se halla, viene á helar la risa en sus lábios una voz, que como un eco le lleva estas palabras. «Preséntanos un testigo tan caracterizado, tan venerable como el mismo Numa... y la primera pregunta que se hacen todos es ¿cuanto posee? Lo último que se averigua es si tiene buenas costumbres... ¿Cuántos esclavos tiene? cuántas yugadas de tierra? cuántos platos se sirven en su mesa? Cuántas mas monedas guarda en su arca, tanto mas digna de fé es una persona.»

Y reconociendo la voz de Juvenal, pensará con dolor que cerca de cien años despues de Augusto habia ya pasado el siglo de oro de Roma, pero duraba todavia el *siglo del oro*.

Al llegar aqui cambia de faz nuevamente el ensueño de nuestro nieto. Conoce, aunque dormido, que es tiempo de poner fin á su excursion pedantesca, y como su imaginacion va buscando instintivamente los grandes siglos de la humanidad, que son tambien los de la literatura, pasa despavorido por encima de la edad media, al ver á

todo el mundo ocupado en hacer oro, y trasladase de un salto á los dorados siglos XVI y XVII, con la esperanza de encontrar mejores sentimientos en las gentes. No dura mucho su ilusion por desgracia. Apenas ha fijado la planta; «*Aurum de virginitate triumphat*» oye decir á un holandés, el cual debió ser un buen hombre á juzgar por la *Naiveté* que encierra esta exclamacion que suelta en seguida.

«Heimihi! vis fulvo quanta colore latet!»
Esto como veis vale un Perú.

Embárcase entonces para Inglaterra, donde ha oído decir que vive un tal Shakespeare, que no era rana, y asiste á la representacion de un drama, uno de cuyos personajes se le acerca al oido y le dice en tono de confianza: «Si pudiese sobornar á alguna de sus criadas!... El oro abre todas las puertas; corrompe hasta la fidelidad de las ninfas de Diana y háceles entregar el ciervo al cazador furtivo; el oro hace perecer al hombre de bien y salva al bribon, aunque á veces hace que ahorquen al bribon y al hombre de bien.»

Tórnase el nieto á España; escucha con placer al dichoso Lope cantar el *siglo de oro* (con la cual pasan de veinte las descripciones del mismo asunto que conoce) y saca al mismo tiempo su pañuelo para enjugar á la pluma de Bartolomé Argensola estas lágrimas:

.....Hay otra rueda
superior que esta máquina compone:
la grave autoridad de la moneda,
del áspero desdén nunca ofendida
porque jamás oyó respuesta aceda.

Arbitro de la muerte y de la vida,
que fisga del valor y del derecho
porque del trato humano se despida.
Y así todo es venal, no hay sano pecho.

Pero despéjase la frente del nietecito, juguetera sonrisa pliega sus lábios oyendo estas frases que á su galan endereza una *dama cortesana de las de arandela y toldo*:

Sepa que ya con las damas
un metal que llaman oro
es el discreto, el galan,
el gentil hombre, el gracioso.
Por este metal que digo
habla el mudo y anda el cojo,
alcanza el que está sin brazos,
y es de pluma el que es de plomo.

Por este *amable metal*, continúa:

.....Arbola bandera
quien en su vida vió moro,
ni sabe qué es centinela,
rebellin, trinchera ó foso.

En este momento acuérdatele á nuestro nieto que ha cometido una omision imperdonable, pero que por fortuna puede repararse.—Oh! oh! esclama, salir un español de su patria, viajar por Europa y no haber visitado á Paris... *sacrebleu!* ¿que van á decir de mi los amigos? Vamos pues á Francia, sopena de oír á la menos remilgada de mis amigas decirme con desden en cuanto me vea: *Fi donc, monsieur.*

Allá va pues nuestro nieto con ánimo de permanecer muy poco tiempo, el necesario solamente para conocer á dos *honnêtes citoyens*, á los cuales encuentra por casualidad en casa de uno de ellos.

—Amigo mio, decia Lafontaine en el momento de entrar nuestro pariente:

La clef du coffre-fort et des coeurs c'est la même, no es verdad? y se levantó para recibir la visita.

—Señores, que no venga á interrumpir vuestra conversacion; seria para mi una pérdida sensible...

—*Du tout, mon ami*, respondió Moliere con su benévola gravedad y añadió dirigiéndose á su compañero:

Vous savez mieux que moi, quels que soient nos efforts,
que l'argent est la clef de tous les grands ressorts,
et que ce doux metal qui frappe tant de têtes,
en amour, comme en guerre, avance les conquêtes.

Tórnase á España el hijo de nuestros hijos recordando varios pasajes de las sátiras de Jovellanos y otros escritores, y vá á pisar la frontera del siglo diez y nueve... Pero se queda con el pié en el aire y saltansele las lágrimas de ternura al venirsele á las mientes aquello de: «Poderoso caballero es D. Dinero» donde se encuentra aquel tierno, interesantísimo rasgo en que se pinta al metal *amante y amado*:

que de puro enamorado
de continuo anda amarillo.

Despues de esto ¿quién tendrá el corazon bastante duro para no amar un metal tan amable y tan sensible? Solo en fuerza de ser tan magníficos se pueden perdonar al mismo Quevedo estos versos, escritos sin duda en un momento de mal humor y de oposicion facciosa:

Ay! no llevés contigo
metal de la quietud siempre enemigo;
pues la naturaleza viendo que era
tan contrario á la santa paz primera,

por contrario y dañoso á quien lo estima y por mas escondernos sus lugares los montes le echó encima,
y sus sendas borró con altos mares.

Nuestro nieto ha llegado al término de su peregrinacion. Fatigado de tan penoso viaje ve con placer el momento de reposar sus doloridos miembros; estiéndese sobre la mullida cama y siente con delicia como el sueño va cerrando sus párpados... Un instante despues nada siente.

Por desgracia en aquel instante despierta de su verdadero sueño y el papel que á la vista tiene recuérdale lo que ha soñado.

Volviendo entonces á la cuestion, se dice á sí mismo: En suma, ¿para qué ese afan de adquirir oro en todos los tiempos y en todas partes antes del siglo XIX?—Para comprar aduladores y obtener á Danac, para gozar de consideracion, para ser ilustre y tener talento y vestir la púrpura de Tiro y la seda de Cos y arrastrar magníficos *rhedas* tirados por caballos de Tessalia, y para beber perlas y dar festines á lo Trimalcion, y eludir las leyes y comprar á los dioses y estar dispensados de tener pudor y buena fé, y para ir á Corinto. En una palabra, para comprar el placer, que es la síntesis de todas esas aspiraciones.

¿Y el siglo XIX, y el siglo en que vivo para qué lo quieren?—Para lo mismo, para lo mismo esactamente... *Mutato nomine...*

Porque en tanto que haya hombres —y nunca faltarán— que busquen el placer ante todo, y en tanto que sea una triste verdad que con el oro se alcanzan esos placeres, siempre veremos el mismo espectáculo, siempre esos hombres en pos del dorado metal, que á su vez es la síntesis de los medios de procurarse goces.

Por dicha no todos son así, y de ello dan buena prueba los testimonios que anteceden de hombres, gloria todos de su siglo y de la humanidad... En fin, Juvenal tenia razon cuando exclamaba: «No, la posteridad no añadirá cosa alguna á la depravacion de nuestras costumbres; nuestros descendientes cometerán iguales excesos y tendrán las mismas pasiones.» Si algo tenemos que objetar á esto es que la posteridad es mejor de lo que creia, y de seguro mucho mejor que la época en que vivia Juvenal.

Tales serán las reflexiones que acaso se ocurrirán á nuestros descendientes cuan-

do tengan que defender á su siglo de inculpaciones semejantes á las que al nuestro se hacen, y al capítulo de descargos añadirán las declamaciones de los revisteros y moralistas de estos tiempos.

Por mi parte, ya que mi futuro nieto se ha encargado de nuestra defensa, nada tengo que añadir á lo que él ha espuesto tan bravamente, y le doy las gracias por haberme ahorrado el trabajo que á emprender iba. Diré si antes de concluir, para que nadie ponga en duda la autoridad de mis palabras, que mi bolsillo corre parejas con el del amable Catulo, cualidad que también debe poseer mi nieto para ser voto en la materia. Ignoro si él se conformará con esto.

En cuanto á mí... *todavía no tengo opinion formada* acerca del asunto. Porque si por una parte me consuelan estas palabras de Horacio:

Tu que el dinero á todo antepusiste,
¿cómo te admiras si en redor no encuentras
el amor que ganarte no supiste?

Completadas con estas otras de Quevedo:

Deja, no caves mas el metal fiero,
vé que sacas consuelo á tu heredero,
y que juntas tesoro, si se advierte,
para comprar deseos de tu muerte.

Y si es cierto, que casi me alegro de no ser rico cuando oigo á un personaje de Moratin predicar:

.....El mucho dinero
es causa de muchos vicios,
nos hace ingratos, soberbios,
insufribles, tontos....

Ello es que por otro lado se me quitan las ganas de ser pobre cuando me acuerdo del siguiente retrato que hace Juvenal. «Qué materia presta el pobre á la mofa y malignidad públicas! Un manto súcio y desgarrado, una toga de dudosa blancura, un zapato que se rie á carcajadas ó que cosido mas de una vez con hilo grosero, ostenta numerosas cicatrices... El mas insupportable de los rigores de la pobreza es el hacer á los hombres ridiculos!»

Y cuando leo en Puricelli, hablando de la *infelice povertá*,

Ella fa gli uomin ridicoli
con bruttissima figura;
é odiosa per natura,
fa spavento ai grandi é ai piccoli;
é la gente persuasa
che le viscere ei roda,
in altrui forse la loda,
ma nessun la vuole in casa.

Y sobre todo lo siento por las razones que se contienen en estos versos de Regnier, imitados de Ovidio, que no traduzco porque todas nuestras pollitas saben perfectamente el francés..... este:

Estimez vos amants selon leur revenu,
qui donnera le plus quil soit le mieux
recu;

Laisser la mine á part, prenez garde á la
somme,

Riche vilain vaut mieux que pauvre gen-
til homme...

Ay!! despues de haber dicho que no soy rico ¿tendré que confesar también que no soy *hombre gentil*, ni tampoco gentil hombre?

J. RODRIGUEZ DELGADO.

AL AMANECEER.

Sus rayos lanza la argentada aurora
Del lejano horizonte allá en la altura,
Y entre celages de carmin fulgura
El astro en que alba lumbre se atesora.

Rojiza luz el universo dora;
Se aleja el manto de la noche oscura,
Y la alfombrada selva y la espesura
Gentil mañana con su albor colora.

Saludan los trinantes ruiseñores
Al tibio amanecer con dulce canto:
Sus galas visten las pintadas flores;
Cúbrese el orbe de inefable encanto:
Y luce el sol, de celestial portento,
En la bóveda azul del firmamento.

T. MARTEL.

A UNA ROSA BLANCA.

Tú que abristes al murmullo
de la fuente cristalina,
tú que mostrando tú orgullo
alzas tu frente divina
rompiendo el lindo capullo.

Tú que vertiendo tu esencia
tan pura cual la mujer
que te cortó en su inclemencia,

vienes hoy á mi poder
prendada de tu inocencia.

Pretendes tú, pobre flor,
que en mis locuras consume
la muerte de tu candor?
¡Ay! que no envuelva el dolor
los restos de tu perfume.

La muger que te arrancó
del tallo que te mecía
quizás la envidia sintió,
pero al cortarte olvidó
que ella cual tu vive un día.

Vuelve otra vez hácia ella
y acaso encuentres la calma
que lloras en tu querella,
pues es la gloria del alma
el suspirar de una bella.

Si blanca, dulce, inocente
pintamos á la paloma,
de amor imágen riente,
qué he de decir de tu frente
que baña un caliz de aroma!

A su pecho angelical
vuelve otra vez, pura rosa,
y su frente virginal
cubra la sombra glacial
de tu palidez hermosa.

Mas ¡ay! es tarde, entre el cieno
perdiste ya tu pureza;
vuelve de tu dueño al seno
y dile que tu belleza
mató de un alma el veneno.

Ella cual tu blanca y pura
busque de amor la diadema
en almas de mas ventura,
no llegue á la llama impura
que cuanto toca lo quema.

Pero si loca no advierte
que mata su pensamiento
si en mi corazon lo vierte,
la dices; ¡ay! que mi aliento
lleva en sus alas la muerte.

Que si el llanto no medita,
hijo infeliz del pesar
que tras el gozo se agita,
puede tu frente mirar
ajada, seca, marchita.

Vuelve y dile á esa muger
que con negra ingratitud
te ha mandado á mi poder,
que no desprecie su ayer
si ha de vivir su virtud.

ANTONIO ALCALDE
VALLADARES.

LA BANDERA ESPAÑOLA.

Todo se rinde á la enseña
que Fernando de Castilla
en las torres de Sevilla
victorioso tremoló.

Hoy contemplas á tus plantas
los vergeles del oriente,
que un ejército valiente
en Tetuan te levantó.

Y el español poseído
de júbilo sacrosanto
entona guerrero canto
en su orgullo nacional.

Todas las clases se unen,
todos hermanos se llaman,
y unidos todos esclaman
con voz hibrante y marcial:
Ya orgullosa tremola en las torres
de Tetuan la bandera española,
ya los héroes circundan sus sienes
con el lauro inmortal de la gloria!

Estrangeros, venid y vengados
los agravios vereis, que en mal hora
el infiel ofendiera al Ibero
para en ello perder vida y honra.

Hoy España se ciñe á su frente
de laurel la preciada corona,
y á sus plantas contempla de flores
perfumada y bellísima alfombra,

Que para ella sembraron sus hijos
que regaron con sangre preciosa,

y le brinda sus rayos de fuego
el espléndido sol de la gloria.

Hoy España te ostentas triunfante,
y del bronce la lengua sonora
que con ecos vibrantes retumba
por do quiera repiten victoria.

Todo, todo se rinde á la enseña
que ostentó S. Fernando gloriosa,
ella fué vencedora en Lepanto,
ella en Breda lo fué y Ceriñola.
Castellanos! las glorias cantemos
de la noble bandera española!

AMALIA DOMINGO.

ODA 3.^a DEL LIBRO 1.^o DE HORACIO.



A UNA NAVE.

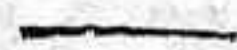
Nave, que llevas contigo
La mitad del alma mia:
Nave, á quien por dicha tuya
Virgilio se te confia:
Así la graciosa Venus,
Deidad de Chipre querida,
Y de Elena los hermanos
Desde los cielos te sigan,
Con sus esplendentes luces
Siéndote seguros guias:
Así el padre de los vientos
Eolo, templado te rija,
Cierre el ábrego y el cierzo,
Solo el céfiro permita:
Ruégote, ó Nave dichosa,
Sano y salvo, dó te pida,
En los confines de Atenas
Contento al nauta despidas,
Aforrado en duro bronce
Aquel el pecho tenia,
Que el primero osado quiso
Con su frágil navecilla
Entregarse al mar inmenso,
Nada su valor temia:
Ni al africo que furioso
Los aquilones concita,
Ni al noto que estrepitoso
De Adria entre las ondas silva,

Y ya á los cielos las sube,
Ya al profundo las abisma.
Y ¡qué género de muerte
Para el que primero visa
Serenos los graves mónstruos
Que espantan por las marinas,
O yá embravecer los mares,
Y sus olas infinitas
Estrellarse en los escollos
Negros, do la muerte anida?
En vano el Dios poderoso,
Prudente y sabio en sus miras,
Separó tierras y montes
Del Océano, si un dia
El hombre osado dispuso
Lanzar sus naves impias
Sobre los senos undosos,
Que enseñorean sus quillas:
A todo el linage humano
Atenta con faz erguida
Y á través de las maldades
Sus intentos precipita.

Fué de Japeto el linaje
Que de la proterbia inicua
La llama perversa enciende
Entre las gentes sencillas.
Por eso el fuego celeste,
Confundiendo su malicia,
Un ejército de males
Sobre los hombres envia,
Olvidados de su origen;
El hambre dura y tardia
Precipitó de la muerte
La saña, que antes huia.
Así Dédalo en los aires
Lloró sus alas fingidas,
Y Hércules hasta el infierno
Llevó su inútil fatiga.

Nada á los mortales árduo;
Al cielo insultan sus miras.
Así Júpiter potente
Jamás su diestra retira,
Amagando airados rayos
A nuestra maldad nativa.

MANUEL R. CRESPO.



POR ESO.

¿Por qué, cándida niña,
tu faz colora
el arrebol purpúreo
de bella aurora;
y tus miradas
ocultas bajo el velo
de tus pestañas?

¿Por qué sobre mi hombro
asi reclinas
la ruborosa frente
alabastrina?
Por qué, mi angel,
tu nacarado seno
turbado late?

¿Por qué entreabierta miro
tu fresca boca,
cual los pétalos bellos
de linda rosa:
y de ella surgen,
y hasta mi alma llegan,
de amor perfumes?

Asi hablaba un mancebo
enamorado,
á una niña muy linda
con ojos garzos.
Era de noche:
envidiosa la luna
su fáz esconde.

Era la niña cándida:
era muy bella,
y del amor gustaba
por vez primera:
gustóle tanto,
que en los labios del jóven
posó sus lábios.

Y á su leve contacto
con dulce goce
embargóla el letargo
de los amores.
Y conturbada
esplicarse queria
mas nó acertaba.

Entonces el amante
con mas ternura,
—Por quéno me contestas?
feliz pregunta.
Repite el beso,
y la niña responde
—¿Por qué?... *por eso.*

T. DE ROJAS.

*Solucion á la charada inserta en
el número anterior*

MARGARITA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cordoba Plazuela de S. Juan núm. 22
=Madrid Libreria de Duran.=Barcelona Viuda de Sauri é hijos.=Cadiz Abelardo de Carlos =Granada José Maria Zamora.=Ferrol Taconera.=Mahon Orfila.=Málaga Moya.=Palma de Mallorca Gelabers.=Santander Viuda de Soriano.=Valencia Mateo Gavin.=Valladolid Hijos de Rodriguez.=Zaragoza Viuda de Heredia.=Sevilla Geofrin.=Oviedo Alvarez.=Santiago Calleja.=Alicante Basilio Planelles.

Editor y administrador, ANTONIO MARQUEZ

CORDOBA. - 1860.

Imp. y Lit. de D. Fausto Garcia Cena